



Afanes de modernización museal en Moneda 13¹

Ana Garduño*

A Carlos Ashida, *in memoriam*

MODERNIZACIÓN APLAZADA

La condición del Museo Nacional de Antropología (MNA) en 1957 se vislumbraba deplorable. Desde 1865 su sede era Moneda 13, y sus últimas remodelaciones internas no lograron ser integrales. La iniciativa de operar a favor de un edificio *ad hoc* partió del arqueólogo Luis Aveyra Arroyo de Anda,² que contó con el refrendo de quien lo nombró director del recinto, Eusebio Dávalos Hurtado.³ El propósito era reemplazar el museo tradicional por uno que emblematicara el proceso de modernización del país. Debido al sempiterno presidencialismo en México, una decisión así debía ser tomada por el jefe del Poder Ejecutivo federal.

La coyuntura favorecía a los funcionarios culturales, ya que presentaron la idea de inaugurar un nuevo espacio de exhibición como el acto central de la conmemoración por el vigésimo aniversario de la fundación del INAH, a celebrarse en diciembre de 1958. Sin embargo, los tiempos políticos estaban en contra, puesto que la administración de Adolfo Ruiz Cortines concluía por esas fechas y éste optó por no comprometer su voluntad política y presupuestal en un proyecto apresurado. Claro, de haberlo decretado el presidente, el museo se habría concluido, dado que aún se contaba con poco más de año y medio, aunque la institución resultante tal vez no fuera producto del necesario proceso de reflexión, debate, negociación y planeación.⁴

La posibilidad de generar un proyecto constructivo transsexual no fue autorizada. Este caso resulta sintomático de las prácticas políticas de un régimen que todavía se autodenominaba como “posrevolucionario”. Como excepción, quiero mencionar que estrategias así se tomaron sólo para



Fachada del Museo Nacional de Antropología, década de 1950

Fotografía © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Conaculta, MEX.0094-087



ciertos proyectos; tal fue el caso de la edificación de Ciudad Universitaria, que implicó a tres gobiernos sucesivos, aunque en la megacampaña publicitaria instrumentada en 1952 se adjudicó el inmueble al designio del presidente Miguel Alemán.⁵ Es sabido que una de las obsesiones de la elite política mexicana –si bien caracteriza a toda la clase política global, aunque con otros matices– consiste en personalizar las obras públicas que promueven; esto es, ligar su nombre a las instituciones fundadas bajo su gobierno.

Eran cuatro los argumentos esgrimidos por Aveleyra para solicitar el abandono de la sede de Moneda 13: *a*) la inseguridad, dado el mal estado de pisos, techos, instalaciones eléctricas y sanitarias, así como deficiencias crónicas de los sistemas de alarmas contra incendios y robo; *b*) la insuficiencia espacial por el crecimiento incesante de los acervos y la imposibilidad de ampliar el espacio expositivo, lo que provocó hacinamiento, una cantidad enorme de piezas embodegas de manera permanente y carencia de salones de conferencias y proyecciones, restaurante, etcétera; *c*) una pésima distribución interna por tratarse de una edificación construida para fines no museales, con lo que el discurso visual se interrumpía por pasillos y recovecos que dificultaban la circulación eficiente de los visitantes; *d*) una localización geográfica complicada, ya que la zona era de difícil acceso a causa del intenso tráfico y la falta de estacionamiento propio (Aveleyra, 1957).⁶

En consecuencia, según Aveleyra, “el Museo Nacional tiene una visita anual reducida en comparación con otros museos de la capital de segunda importancia” (*ibidem*: anexo, figs. 1-3). Esto revela el alto grado de inoperancia del recinto emplazado a un costado del Palacio Nacional desde hacia poco más de nueve décadas, así como la necesidad de removerlo del centro histórico para modernizarlo, dada la decadencia sociocultural del núcleo territorial de la ciudad de México. Con base en esta convicción, Aveleyra ya vislumbraba el nuevo espacio en el parque urbano más grande de la capital, donde finalmente se materializó, acorde con opiniones deslizadas en la prensa nacional del siglo xx y tentativas como la de Gerardo Murillo, Dr. Atl, formulada a las autoridades federales en conjunción con Alberto J. Pani en 1944 (Garduño, 2014, 168-187).

De hecho, casi desde la fundación misma del Museo Nacional, en 1825, se habían ido formulando a las autoridades innumerables propuestas para asentar al emblemático recinto en diferentes edificaciones heredadas del virreinato. Con el imperial establecimiento del museo en Moneda 13, durante la fugaz administración de Maximiliano de Austria, se detuvo la búsqueda por algunas décadas. El régimen de Porfirio Díaz –en su última fase– retomó la idea, aunque con una modificación sustancial: no se pretendía remodelar un pala-

cio novohispano, sino construir un inmueble ex profeso, como resultado de un proyecto consensuado entre los franceses responsables de los planos iniciales y arquitectos nacionales, miembros de un comité oficial. Como se sabe, la empresa no prosperó.

En consecuencia, la elite intelectual continuó demandando una nueva sede durante la primera mitad del siglo xx. Los tres últimos proyectos fueron de 1943-1944, bocetados bajo la coordinación del director en turno, Eduardo Noguera, para ubicarse en un amplio terreno en la zona de La Ciudadela, aún en el centro de la ciudad de México (Marquina, 1943-1944: 47). Otro fue de 1948-1950, ya encabezado por Daniel Rubín de la Borbolla, e incluyó un viaje con el pintor Miguel Covarrubias para explorar museos en Estados Unidos a fin de recolectar conceptos y metodologías (Rubín, 1948: 126-129; 1949: 143-146). Como ya señalé, correspondió al de 1957 ser el antecesor directo y, de alguna manera, el detonante del emprendido entre 1959-1964.

Los afanes de modernización nunca cesaron. A pesar de que durante casi una centuria sólo fue asequible realizar remodelaciones internas al edificio de Moneda 13, cada uno de esos anteproyectos –los cuales partían de la convicción de la necesaria edificación de una sede ex profeso– imaginaron diferentes modelos museales, acordes con las demandas y retos de su tiempo, por lo que se forjó una pléyade de diseños que nutrió el programa constructivo que a la postre generó el resplandeciente edificio inaugurado en el último trimestre del régimen presidencial de López Mateos. Los especialistas que convergieron en la reforma museal que culminó en 1964 los conocían y usufructuaron. Nada se había desvanecido en el aire.

CONCERTACIÓN MUSEAL

Al heredar el anteproyecto para un nuevo MNA, Adolfo López Mateos no sólo determinó cumplir con la construcción del edificio en el bosque de Chapultepec –pactada por el presidente Ruiz Cortines–, sino que también ambicionó que su gobierno se registrara en los anales de la historia nacional como “el sexenio de los museos”. Con base en las instrucciones presidenciales, las autoridades federales de cultura empezaron por comisionar la realización de un dictamen sobre la situación prevaleciente en el precario sistema nacional de museos de entonces.

Así, en 1959 un ex director del MNA, Rubín de la Borbolla, entregó un documento titulado “Programa general de museos para México”, punta de lanza para el diseño e instrumentación de la única reforma museal que se ha articulado con alta resonancia en la capital del país y algunas ciudades del interior (Rubín, 1959). Se trata de un informe escrito con rapidez, acorde con la premura de los tiempos políticos,



Patio del Museo de Antropología de Moneda 13 con autoridades del INAH, entre ellos Jorge Enciso (segundo de izq. a der.), subdirector del instituto, ca. 1960

Fotografía © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Conaculta, MEX.0301-064

en atención a que las prácticas presidencialistas del régimen, hasta la fecha, han exigido que en los primeros meses de gestión se seleccionen los proyectos emblemáticos de cada sexenio presidencial, a fin de garantizar su conclusión o al menos la inauguración de una etapa sustancial durante el mandato.

No es que fuera el primer estudio acerca de la difícil situación de los museos en México ni el más completo, sólo que contó con la voluntad presidencial, indispensable para impulsar a los funcionarios del sector cultural a emprender muchas de las acciones que allí se indicaban como necesarias para el saneamiento y modernización de la red de museos públicos. El documento contiene una justificación que pretende ser contundente y recurre a una noción decimonónica, al afirmar que los museos son “las instituciones culturales más importantes en la educación objetiva” (*idem*). El concepto positivista de objetividad es inoperante en el universo de estos recintos –y en cualquier otro, me atrevo a creer–, y hoy sabemos que es una construcción.

No obstante, Rubín de la Borbolla aseveraba, con cierta ingenuidad y apasionado optimismo –que ahora, en un desencantado posinicio de siglo XXI, podríamos envidiar–, que “el museo es la más libre y democrática institución de cultura. El aula y la biblioteca implican ya una cierta selección”. Claro, afirmar de manera contundente que el museo educa

–en un periodo que la SEP tenía un liderazgo educativo real, ostentaba un poder de alcance nacional y vivía una postrera fase de fortalecimiento del sector escolar en el nivel básico– no sólo atendía a un cálculo político, sino que respondía a un consenso evidente entre los funcionarios culturales, convencidos de que la misión primordial de todo museo es justamente la educación extraescolar.

Por mi parte, considero que un museo no necesariamente debe plantearse como meta la educación de sus visitantes, aunque sigue siendo un argumento crucial en cualquier alegato que intente convencer a la siempre reacia clase política de invertir en la creación y el fortalecimiento de las instituciones culturales. Por supuesto, todo guión curatorial y museográfico, cada programa expositivo, representa un ensayo de interpretación y una toma de posición que responde a cuestiones históricas, contextuales e incluso a modas museales internacionales.

Además, Rubín de la Borbolla también emitió un argumento gremial: sólo los investigadores y directivos de museos especializados en las colecciones que resguardan estaban llamados a diseñar y operar guiones curatoriales y museográficos. Esto con la evidente intención de privilegiar la visibilización del objeto patrimonial con base en sus aportaciones históricas, arqueológicas, antropológicas y etnográficas, dejando voluntariamente de lado presentarlo de acuerdo con sus características



México, D. F., abril de 1957.

MUSEO NACIONAL DE ANTHROPOLOGIA ARCHIVO HISTORICO

C. Presidente Constitucional de la República Mexicana. Don Adolfo Ruiz Cortines. Presente.

La riqueza arqueológica, etnográfica, folklórica y, en general, antropológica de México, coloca a nuestro país en una posición envidiable entre todos los demás del mundo. Es uno de sus tesoros más genuinos e inagotables, objeto de internacional admiración y estudio.

Todas estas maravillosas manifestaciones de nuestro patrimonio cultural deben por todos conceptos exhibirse en un local digno y apropiado. Un nuevo Museo Nacional es una de las exigencias culturales más evidentes que tiene el país, considerando sobretudo el prestigio creciente que México adquiere por sus recientes realizaciones de índole social, económica y educativa.

El actual edificio en donde se aloja el Museo Nacional de Antropología, antigua Casa de Moneda en la época colonial, adolece ya de insuperables y graves inconvenientes:

a) La inseguridad del edificio. - Según dictámenes periciales de prestigiadas Compañías de Seguros, el actual Museo Nacional ofrece muy limitada defensa en contra de riesgos tales como incendio, temblor, robo y accidentes similares. Las condiciones del Museo son, por lo tanto, diametralmente opuestas a las más elementales que deben existir en cualquier museo moderno. El estado de techos, pisos, instalaciones eléctricas y sanitarias, bodegas, alarmas contra incendio o robo, etc., es tan precario que hace temer la ocurrencia de un desastre que tendría repercusión mundial ya que el Museo aloja un inmenso número de tesoros artísticos insustituibles.

b) Su insuficiencia. - El espacio disponible en el actual edificio es muy limitado, dada la cuantía de las colecciones que se tienen. Las bodegas se encuentran atestadas de materiales extraordinarios de todo género, que el público nacional y extranjero desconoce por no existir ya salones en los cuales exhibirlos. Más aún, ciertos aspectos básicos de nuestra riqueza an-



Handwritten signature



- 2 -

MUSEO NACIONAL DE ANTHROPOLOGIA ARCHIVO HISTORICO

tropológica se encuentran muy pobremente representados en el Museo, como, por ejemplo, la incalculable variedad de la Etnografía del país. Otros más, como la Antropología Física y Social, la Lingüística, la Prehistoria, etc., carecen totalmente de salas en las que se muestre al pueblo su desarrollo e importancia en la integración de nuestra nacionalidad.

c) Su impropiedad para las necesidades de un museo moderno. - La distribución general, salas, pasillos, etc., del actual edificio, proyectada en la época colonial y para fines muy distintos a los de un museo, representa un obstáculo muy grave para la debida exhibición de nuestros tesoros. Esta circunstancia origina múltiples y cuantiosos gastos en cualquier sala nueva que se proyecta. La ausencia total de salones de descanso, de conferencias y proyecciones, de restaurant o fuente de sodas, y la rudimentaria situación de las instalaciones sanitarias, hacen del actual museo un establecimiento incómodo y poco atractivo para el visitante.

Desde el punto de vista de la investigación el Museo no ofrece los requisitos más indispensables que debe llenar para el desarrollo de un trabajo eficiente por parte de sus técnicos. Faltan salones de estudio y experimentación, talleres de museografía, laboratorios adecuados y amplias bodegas en las cuales se almacenen los materiales limpia y ordenadamente.

La misma localización del actual museo, finalmente, evita que esta importantísima institución nacional sea bien conocida y admirada. Situado como está en un punto de difícil acceso e intenso tránsito, sin posibilidades de estacionamiento de vehículos, el Museo Nacional tiene una visita anual reducida en comparación con otros museos de la capital de secundaria importancia, pero favorecidos por una mejor localización.

Los beneficios que un nuevo y gran Museo Nacional reportarían al país serían cuantiosos e inmediatos: la misión trascendental de dar a conocer a nuestro pueblo, y al extranjero que nos visita, las raíces y el proceso de integración de nuestra cultura milenaria, la más brillante de América, se vería sola en esta forma dignamente cumplida.

La labor que el Museo Nacional puede desarrollar, como instrumento de acción social, debe materializarse en



Handwritten signature

Luis Avelayra Arroyo de Anda, "Memorándum al presidente Adolfo Ruiz Cortines", 3 pp. mecanografiadas con rúbrica, vol. 174, exp. 31, abril de 1957, ff. 114-120

Fotografía © Fondos Fotográficos del AHMA (archivo digital), INAH-Conaculta-Canon

formales, con sus valores estéticos.⁷ El monolito como arte, si bien fue una discusión reactivada entre 1959 y 1964, fue una estrategia materializada en los museos privados, en especial en el Anahuacalli de Diego Rivera y, una década después, en el Museo de Arte Prehispánico Rufino Tamayo de Oaxaca. En cuanto al MNA, Rubín de la Borbolla retomó en buena medida las propuestas emitidas durante su gestión como director de ese recinto y, al desarrollar el perfil, vocación y guiones curatoriales del nuevo museo, reveló las pugnas entre diversos grupos de poder en el interior del INAH:

Aunque se han hecho varios proyectos de edificios para los museos nacionales, el más importante de ellos es el que se elaboró para el Museo Nacional de Antropología hacia el año de 1950. En este trabajo participaron técnicos del referido museo y arquitectos de la Secretaría de Bienes Nacionales, quienes, además de formular un minucioso programa, propusieron reformas radicales al funcionamiento de esta institución. Estudiaron la arquitectura de museos, las experiencias positivas y negativas de las diversas escuelas arquitectónicas; los sistemas de organización y funcionamiento de diversos tipos de museos; los equipos, mobiliario, laboratorios, sistemas de iluminación, ventilación, catalogación, servicios de reparación y conservación, además de estudiar programas científicos y educativos diversos [...] Los



- 3 -

MUSEO NACIONAL DE ANTHROPOLOGIA ARCHIVO HISTORICO

procheo de México. Un buen museo, moderno y científicamente planeado, es en cualquier país la mejor de las escuelas. La educación que imparte es visual, directa, atractiva, y por consiguiente la más efectiva de los sistemas pedagógicos conocidos.

Además, no hay que olvidar el enorme atractivo que para el numeroso turismo extranjero tendría un gran museo como el que se propone construir. Este turismo, que representa una de las más productivas industrias del país, viene a México atraído, en su mayoría, por la riqueza de nuestra arqueología y nuestras tradiciones indígenas, pasadas y presentes.

El nuevo Museo Nacional de Antropología debe construirse, para orgullo de México y de Hispanoamérica, dentro del menor plazo posible. Debe situarse en un lugar grato, abundante halle soláiz y gusto en una visita que, al mismo tiempo, eleve su nivel cultural y le sea básica para valorar su tradición y afirmar su patriotismo.

El Instituto Nacional de Antropología e Historia cuenta entre su patrimonio legal con un magnífico terreno situado a las puertas de uno de los parques de recreo más hermosos del Continente: el Bosque de Chapultepec. El nuevo Museo Nacional, construido en esa zona a la que acuden decenas de miles de personas semanalmente, será factor poderoso que contribuya al engrandecimiento intelectual, de este numeroso contingente de población. El Bosque de Chapultepec, asimismo, contará en esta forma con un gran atractivo más que se sumaría a la ya importante Unidad Artística y Cultural del Bosque.

No dudamos un solo momento que usted, Señor Presidente, cuyo afán y labor en beneficio del engrandecimiento material, social y cultural de México es tan evidente, acoga este llamado de todas las instituciones nacionales de alta cultura para que México cuente en breve con un Museo Nacional digno de albergar sus más auténticos tesoros.



Handwritten signature

otros proyectos, algunos muy recientes, están tan alejados de lo que pretenden resolver que no vale la pena comentarlos (*idem*).

Por lo tanto, Rubín de la Borbolla pedía que fuera el esquema de 1948-1950 el evaluado por parte de una comisión técnica, con lo que desechó el del ex director Aveleyra. Puesto que ambos continuaron colaborando en el proyecto, que remató con la apertura triunfal del MNA en septiembre de 1964, queda claro que, aunque no sin tensiones, se alcanzó cierto grado de concertación y se incorporaron propuestas de otros actores protagónicos, dado que se convocó a la elite intelectual del INAH, proveniente de diversas redes de poder internas, del pasado y del presente. Todos ellos debieron negociar con otros influyentes agentes culturales externos que ostentaban un liderazgo indiscutible, como el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez.⁸ Mucho más desdibujada quedó la injerencia de la entonces subsecretaria de Cultura, Amalia Castillo Ledón, y del propio titular de la SEP, Jaime Torres Bodet, quienes –hasta hoy, como todo lo indica– no lideraron la citada reforma museal.

Hoy, cuando la tan anhelada modernización museal cuenta con más de 50 años de haberse materializado, los académicos apenas estamos iniciando un proceso colectivo de investigación crítica de la historia de las instituciones culturales. En cuanto al estudio de los dictámenes y proyectos de sustitución de la sede que desde 1865 ocupaba el antiguo Museo Nacional, se trata de un ejercicio en fases preliminares. Hoy son protocolos extraviados y olvidados. Un número incalculable de materiales primarios para historiar el proceso modernizador continúan inéditos en diversos archivos oficiales. Su estado actual es un enorme obstáculo, puesto que muchos de ellos carecen de instrumentos de consulta e incluso de inventarios. Con la excepción de muy pocos, como el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA), nuestros repositorios documentales son prácticamente inaccesibles.

Más aún, hace falta definir parámetros para el análisis de la problemática museal contemporánea en México; tengo para mí que conviene construir un marco conceptual aparejado con la realización de remodelaciones innovadoras de programas curatoriales y museográficos para evitar, en lo posible, que carezcan de una visión integral en cuanto a lo que necesita un museo para su indispensable puesta al día. Lo anterior requiere una reflexión gremial y la búsqueda de consenso como paso previo a la instrumentación de una segunda reforma museal que releve la modernidad anacrónica de un porcentaje alto de nuestras instituciones culturales, muchas de éstas categorizadas con el rango de emblema cultural de la patria, como el Museo Nacional de Antropología, la icónica “joya de la corona” republicana inaugurada en 1964. ✚

* Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas, INBA

Notas

- ¹ Estoy en deuda con Itzel Rodríguez y Peter Krieger por la revisión de este texto.
- ² Formaba parte de la red de poder del entonces director del INAH, Eusebio Dávalos Hurtado, razón por la que entre 1956 y 1960 fungió como director del MNA y, entre 1960-1964, como director del Departamento de Planeación de Museos.
- ³ Director del INAH entre 1957 y 1968, año de su muerte.
- ⁴ La propuesta oficial se presentó en abril de 1957, y el sexenio concluía formalmente el 1 de diciembre del siguiente año.
- ⁵ Entre 1940 y 1946, con Manuel Ávila Camacho, se definió el espacio que constituiría Ciudad Universitaria y se hicieron los trámites iniciales; la edificación se inició en el periodo presidencial de Miguel Alemán, quien protagonizó una ultrapromocionada ceremonia de preinauguración, en vista de que se encontraba por concluir su periodo y todavía faltaba 10%. Con Ruiz Cortines se concluyó, y en 1954 empezaron las clases. Sobre el tema véase Lizárraga y López (2014).
- ⁶ Agradezco profundamente al personal del AHMNA, en especial a Ana Luisa Madrigal Limón, las facilidades que me proporcionaron para la consulta.
- ⁷ Es una proclama contra curadores y museógrafos profesionales que gozaban de alto prestigio por sus ensamblajes en territorio nacional, por los pabellones mexicanos articulados en ferias universales y por las afamadas muestras desplegadas en museos emblemáticos de las capitales del mundo. El más exitoso era, como es conocido, Fernando Gamboa. “Sólo los hombres de ciencia pueden llenar los museos, clasificarlos, ordenarlos y presentar de manera útil al público la riqueza acumulada en objetos, datos, conocimientos y experiencia [...] No es suficiente el colorido de los salones y de las vitrinas, ni la iluminación, ni la colocación de letreros y cédulas explicativas, lo más importante son los temas explicados objetivamente [...] En algunos casos se ha suplantado el criterio científico y didáctico por un afán meramente artístico que ha convertido la museografía en verdadera *escenografía*” (*idem*). Este párrafo explica buena parte de las diferencias, que aún perduran, entre la museografía que caracteriza al INAH y la que distingue al INBA.
- ⁸ Oficialmente, su puesto durante el sexenio fue de jefe del Departamento de Obras Escolares de la SEP.

Bibliografía

- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, “Memorándum al presidente Adolfo Ruiz Cortines”, México, Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA)-INAH, abril de 1957.
- Garduño, Ana, “La utopía construida. El museo en el bosque de Chapultepec”, en *Museo Nacional de Antropología. 50 aniversario*, México, INAH, 2014.
- Lizárraga Sánchez, Salvador y Cristina López Uribe (eds.), *Habitar CU. 60 años. 1954-2014*, México, UNAM, 2014.
- Marquina, Ignacio, “Principales actividades del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México en 1943-1944”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1948)*, vol. 7, núms. 1-3, enero de 1943-diciembre de 1944.
- Rubín de la Borbolla, Daniel F., “Programa general de museos para México (proyecto)”, México, AHMNA-INAH, 22 de mayo de 1959.
- _____, “El Museo Nacional de Antropología de México: 1949”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1948)*, vol. 12, núm. 1, enero-diciembre de 1949, pp. 143-146.
- _____, “El Museo Nacional de Antropología de México: 1948”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1948)*, vol. 11, enero-diciembre de 1948, pp. 126-129.



Arreglos a la fachada de la Sala de Monolitos, ca. 1935 **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Conaculta, MEX.A-3 T-1 P-16:F-5